

Cuentos del paraíso de las islas

12-21 y fin

Arcadio y los pastores

(Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 24/11/2023

Número de páginas: 20

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

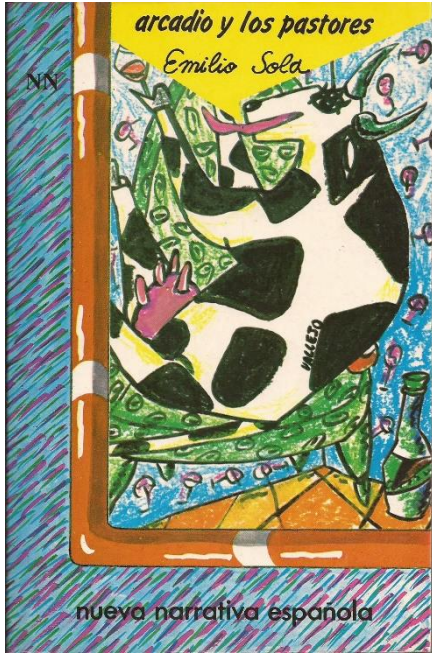
www.cedcs.eu

info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

21 Arcadio y los pastores



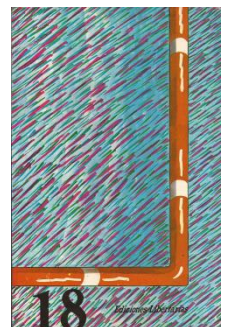
“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, Segunda parte: 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, Tercera parte: 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21



He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. 9
2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim Bushacor sobre el padre del cuchillo 13
3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. 22
4. El grupo del valle del Mago 32
5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de Leila V y Estambuli Entrambosaires 40
6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado. 50
7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago 61

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza . . . 75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla 87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago 97
4. Los rebaños de la trashumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros . . . 106
5. La breve experiencia de trashumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato 114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago 124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov 134

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín.	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
Dedicatoria y Final	223

lar ésta se hacía más blanca; con unas gafas muy ahumadas, con cristales de espejo hacia fuera, Arcadio protegió sus ojos pues la blancura de la luz llegaba a molestarle; al orto veía sombras en movimiento; a mediodía, las figuras un poco desdibujadas aún; por la tarde veía con toda nitidez. Entre las mantas de la cama encontraron dos finísimas películas translúcidas, como escamas o lentillas. Y se organizó una gran fiesta.

Pero dentro de Arcadio y sus más próximos —Fito, Simón, Estambuli, Nica...— quedaba una sombra de inquietud o duda ante un futuro, previsto brillante, que podía ser torcido por impensadas fatalidades que, aunque en ocasiones pudieran ser detectables como un terremoto o una catástrofe climática, como éstas eran imposibles de atajar o controlar; eran los últimos coletazos del maktub, el destino, del inasible carma, de la tiranía de los hados, de la suerte, de la dictadura de los antiguos dioses moribundos.

7.— Con el equinocio de otoño —o de verano— del año setenta y uno del paraíso de las islas Nica y Arcadio —Fito juzgó importante su permanencia juntos durante una temporada— viajaron a Casentina para participar en los trabajos de la toma de la ciudad. Aunque llevaban previsto integrarse al menos dos veces por semana en turnos de las cadenas de fabricación y montaje de tubos y grifería, debían, sobre todo Arcadio, trabajar para crear una dinámica interna ágil en las diferentes comunidades que pudieran ir creándose a la sombra de las obras de Casentina. Era sencillo, pues era organizar los grupos como siempre habían organizado su vida desde niños. Mediado el otoño, cuando toda la ciudad estaba rodeada por un verdadero cinturón de campamentos y pueblitos-dormitorio y para las veladas y fiestas de la hora de la distensión, a donde cada vez acudía más chavalería casentina para participar y luego para quedarse incluso, a Arcadio le encargaron organizar la matanza del cerdo y del cordero del otoño, la primera que iba a tener lugar en aquella ciudad o en sus cercanías. La matanza del cerdo y del cor-

dero de primavera, otra de las fiestas tradicionales, no la habían podido organizar atareados como estaban en el montaje de las primeras factorías básicas y primeros poblados, pero la muchachada no estaba dispuesta a pasarse sin la otra fiesta de la matanza, la del otoño. Tal vez hubiera sido más discreta y conveniente la de primavera para celebrar por primera vez, pues era de carneros y ovejas adultas y de cerdos lechales o lechoncitos, todos los viernes del mes de abril, con sus respectivos banquetes que culminaban en el de la fiesta de la luna llena, y la de noviembre era de cerdos adultos, escandalosos con sus chilidos ensordecedores, y corderitos... pero no había podido ser de otra manera. Los cerdos tuvieron que traerlos de granjas porcinas lejanas pues en toda la región no había y en la universidad ganadera las pocilgas estaban montadas sólo a nivel experimental aún, y fue una expedición especial la que hubo de organizarse para transportar las dos decenas de cerdos adultos que juzgaron necesarios para la fiesta. Se distribuyeron éstos por las diversas acampadas en torno a la ciudad y los corderos, mucho más numerosos, en acampadas cercanas de dentro y fuera de Casentina; se había decidido que las matanzas del cerdo se realizaran únicamente en las acampadas exteriores precisamente para no provocar más aún a los sectores casentineses intolerantes, ya bastante molestos con las consecuencias que la presencia de los grupos tenían para la vida cotidiana, y en particular con las actuaciones de la compañía femenina de Leila Naser.

Había Leila Naser estudiado, con el equipo casentinés, un programa amplio de actuaciones para aquella temporada tanto en teatro y escenarios públicos, para los grupos y para los habitantes de la ciudad, como para fiestas exclusivamente femeninas, muy frecuentes todavía en bodas y celebraciones tradicionales; una orquesta de música andalusí, un coro de mujeres y otro infantil, así como un deslumbrante vestuario y ricos decorados y luminotecnia para puestas en escena diversas, daban al grupo un amplísimo abanico de posibilidades para todo tipo de situaciones previsibles. Las fiestas de las mujeres, en particular, termina-

ban en acalorados debates al principio, en invasiones recriminatorias de los locales en los que se desarrollara la fiesta de los hombres luego, en manifestaciones, más tarde, incluso por las calles de la ciudad, en las que se gritaban consignas contra la segregación sexual. Comenzaron a menudear entre los sectores sociales más tradicionales las rebeliones de las muchachas contra la educación recibida, contra los usos —vestido, reparto de tareas domésticas, presencia de las mujeres en locales públicos y tanto más— que pervivían del pasado que consideraban que las perjudicaba o discriminaba, contra la institución matrimonial misma —la historia de Leila la Vieja, que un día abandonara Alejandría huyendo de un matrimonio apalabrado por su familia con un viejo al que no conocía y al que luego aborreciera se hizo muy popular y una visita a Casentina de aquella anciana provocó tal manifestación de mujeres casentinesas que hubo crisis en el gobierno municipal— y, finalmente, comenzaron a hacerse muy frecuentes las fugas de muchachas de las familias más ancladas en la tradición o más reacias a aquel cambio vertiginoso e imparable, en muchas familias de joyeros, por ejemplo. En el momento álgido de la movida llegó a intentarse, por parte de las autoridades locales, una medida policial de fuerza que consiguió la expulsión momentánea de Leila y su grupo del territorio del municipio, pero la reacción popular —en un principio verdaderas peregrinaciones a la gran carpa instalada en la linde de las tierras a las que alcanzaba la autoridad del alcalde casentines, más tarde movilizaciones de ciudadanos que causaron no pocos problemas y una nueva crisis en el gobierno con la destitución del jefe superior de policía— hizo que se volviera atrás sobre la tal medida de fuerza y que se llamara de nuevo a Leila Naser y a su compañía, recibidas en una clamorosa jornada de fiestas y marcha, y se le ofrecieran disculpas oficiales.

Todo ésto sucedía en el momento en el que Arcadio se incorporó a los grupos y en el que se le confiara la organización de la matanza de otoño del cerdo y del cordero; dada la excitación de los ánimos, se juzgó que —para desdra-

matizar— la matanza de los cerdos se efectuara sólo en el cinturón de acampadas en torno a Casentina y únicamente en Casentina misma las de corderos. Para muchos casentineses de los grupos, en absoluto ramadaneros ya la mayoría, el cerdo seguía siendo el único animal nauseabundo y su carne les producía verdadero asco insufrible, como si su estómago atávicamente le rechazara. Por eso las matanzas se hacían en lugares, aunque próximos, bien separados y diferenciados, y en todas las faenas que la acompañaban —desde limpieza de utensilios y cacharrería hasta elaboración de embutidos o conservas y salazones— se procuraba que cada matanza no interfiriera en la vecina. La mayor parte de la chavalería no tenía ningún problema en pasar de unas matanzas a otras como observadores y se interesaban por las diferentes tradiciones que se observaban en ellas. A Arcadio, como a muchos otros —y a pesar de haber sido el responsable técnico de la movida—, le era molesto el sangriento espectáculo; ni podía soportar al cerdo, sus agudos chillidos mientras el chorro de sangre que salía del cuello acuchillado llenaba un caldero, ni podía soportar los esteriores del cordero degollado mientras se desangraba en tierra, su cabeza hacia oriente. Tampoco podía comprender muy bien cómo había tanta gente a la que entusiasmará la fiesta de las matanzas, pero, en fin, el banquete posterior a las faenas sangrientas sí que le agradaba. Bien elegida la luna, la fiesta transcurrió muy animada y con amplísima participación de chavalería casentinesa, muy activa en la matanza de los corderos, más pasiva —espectadores recelosos con frecuencia— en la de los cerdos; desde el alto promontorio de la ciudad, desde los miradores múltiples que dominaban el llano que la rodeaba y en donde estaban los poblados y las acampadas de los grupos, las hogueras nocturnas en torno a las que seguía la fiesta y las últimas manipulaciones de la carne de los animales muertos daban talmente la imagen de un ejército sitiador que se prepara para el asalto de la ciudad. Y al día siguiente, aún recién superada la “crisis Leila Naser”, una nueva crisis surgió, “la crisis de los embutidos”; por los sectores sociales y barrios más

conservadores corrió el rumor de que las carnes de cerdo y de cordero se habían mezclado y que todas las carnicerías estaban contaminadas por el jalupo; de nuevo el escándalo y la polémica alcanzaron cotas altas de tensión, claramente ya la ciudad en dos bandos enfrentados. Pero este amanuense no desea explayarse en el asunto, propio de otro relato que sabe en vías; sólo terminar adelantando que, a medida que avanzaban las obras de la ciudad de Casentina y ésta se veía más hermosa de día en día, crecía el enfrentamiento entre la facción más conservadora —de la que tradicionalmente surgía la clase dirigente municipal— y la facción renovadora, encantada con la presencia de los grupos de gente procedente de todo el paraíso de las islas, abrumadoramente juvenil, ágil y combativa y que terminaría por imponerse el día que fue elegido nuevo alcalde: Linda Burgursi, hermosísima mujer, mulata clara, la primera alcaldesa de Casentina, alma del equipo municipal más activo y renovador que aún hoy se recuerda en la ciudad.

Todo esto, sin embargo, no había de conocerlo Arcadio, el hijo de Ulrica. Un no fasto día martes ocho, recién pasada la luna llena —luna en su noche diez y seis—, Arcadio sufrió un estúpido accidente; había ido a Guelma, tras la movida de las matanzas de otoño del cerdo y del cordero, para consultas con Fito y, como cada mañana que estaba en aquel lugar, había salido a dar una vuelta en la yegua Blanca por los alrededores, según horarios acordados con Kaka Rduán y Kaka Dib, y nadie pudo saber lo que había sucedido exactamente. A mediodía la yegua Blanca llegó a las cuadras de la universidad ganadera sin jinete y a Arcadio lo encontraron una hora después tendido bocarriba al sol frío de final de otoño, su cuerpo caído en postura descuidada, los brazos en cruz sesgada, de nuevo sus ojos abiertos insensibles a la luz; supusieron que podía haber sufrido un golpe en la cabeza que le hubiera podido dañar el cerebro, pero exámenes y análisis médicos no pudieron precisarlo; además de la visión, Arcadio había perdido el habla y el oído, al parecer, aunque no la sensibilidad al frío y al calor. Fito, Simón y todos los cercanos y amigos esta-

ban consternados; Nica Coprulu, venida de Casentina precipitadamente nada más conocer la noticia, tampoco pudo hacer nada: aunque Arcadio respondía al estímulo sexual, no recuperaba el habla, el oído y la visión; sólo muy toscamente movía brazos y piernas y con lentitud, sólo levísimas muecas de gusto o disgusto —fruncidos de labios y cejas únicamente—, ingestión de líquidos y defecación y micción descontroladas, así como erecciones y eyaculaciones esporádicas manifestaban que en Arcadio continuaba la vida. Multitud de tratamientos ensayados a lo largo del invierno no dieron ningún resultado positivo; algunos hablaron de eutanasia, pero otros muchos —Fito Naser con más fuerza que nadie— se opusieron rotundamente a ello; Arcadi vivía, nadie podía afirmar que sufriera, más aún, en algunas ocasiones parecía estar en un estado gozoso o al menos de manifiesto bienestar físico, y Fito lo instaló en la habitación más alta, en una torre recién construída, de la casa de la computadora. Cada mañana, al amanecer, Arcadio se “despertaba” y, tendido al sol, se mantenía hasta el mediodía con signos manifiestos de estar a gusto. Se organizó un turno muy amplio para atenderle en sus necesidades —mínimas, por otra parte— y Fito no quiso que le apartaran de su lado, de su casa. En ocasiones se pasaba mucho tiempo, él, el gran programador, de reflexión ante el cuerpo tendido de aquel animalito o vegetal Arcadio, Tontito Ciego, Tontito Sordomudo, como cosa o qué, pero vivo. Para él había pasado el tiempo de la memoria y de las despedidas, de la acción, y tal vez ni siquiera esperara, era vida en sí, en su estado más puro y casi brutal, Arcadio o qué.

Fito Naser recordaba con más precisión en el recuerdo a su tatarabuela Leila Naser que a su madre Leila Naser, no sabía por qué, el contenido de las palabras madre y abuela nunca había sido capaz de despertar en él sentimiento alguno diferente al del Antiguo, el nombre de alguno de sus compañeros o compañeras de infancia o juventud, o naranjal, o mar. Cuando en la fotografía “las tres bellas preñadas” que se había conservado en la casa del naranjal en lu-

gar preeminente de los cuartos altos —que llamaran “las eróticas” y que hoy siguen conservando muchos recuerdos borondonianos a pesar de que tantos objetos salieran de allí como regalo para otras casas y grupos— a Fito le comentaba algún viejo visitante que Leila Naser estaba allí en la plenitud de su belleza, casi recién llegada de Alejandría, él no sabía decir por qué se le antojaba su madre y no su tatarabuela, como en realidad era, aunque era precisamente aquel rostro serio de aquella fotografía en el que veía resumidas todas sus posibles herencias vitales femeninas, ese gran agujero que ante una imagen así parecía iluminarse del tiempo que un día fuera pleno. El, Fito, se sentía perteneciente a una generación privilegiada del paraíso de las islas, la que el demógrafo Paulov llamara “la tercera” y “la de la nueva libertad”, que seguía a la “segunda” o “generación puente” —la del propio Paulov, la del hombre del colmillo verde Ahmed Pujol y tantos hamuines más, la de Entrambosaires o Estambulina entre tantos más hijos de aquella “primera generación” o “la de la creación”—, y ese llamárase destino singular de él y de los de su edad le había hecho meditar mucho sobre el hombre, su pasado y su misterioso más allá; “partes de un todo coherente”, se le había grabado como resumen de tanta reflexión, frase que un día le dijera Paulov en el tiempo en el que él, Fito, era no sabía si su conejillo de indias o su ahijado, pero protagonista de tantos y tantos estudios del demógrafo. “En la casa del naranjal tienes un documento vivo de gran valor para tus estudios, joven Paulov: el niño Fito, como tú hijo de las casas de los niños; sé su padrino: conviértelo en un buen comunero”, le había dicho Paulov que el Babilónico le había dicho poco antes de morir, en una de sus últimas entrevistas en la que fuera plataforma y hoy fondo de la fuente central del jardín de la casa del naranjal, obra maestra de los cavernícolas y de Erik Andersen.

Por eso hoy allí —y el amanuense ya no sabe organizar correctamente los tiempos en su lugar al intentar asumir lo profundo de la vivencia de Fito que tantas veces narrara y tan vivamente deseara hacerle comprender—, sentado a la

ventana más alta de aquella torre recién construída en la casa de la computadora de Guelma, contemplaba mudo, su mente en blanco de nieve detenida, la lejanía de los campos de trigo y líneas azules de montañas lejanísimas. Bosquecillos de pinos e hiladas de olivos, alguna casa de colores diminuta, caminos con ondulada precisión trazados, la ancha cañada... Nadie a aquella hora central del mediodía visible en toda la distancia que sus ojos alcanzaba. El sol en lo alto, terca presencia omnipotente, total. Detrás de él, tras la cristalera encortinada de translúcida tela de lino como satinada que separaba el espacio de la ventana-balcón del interior en penumbra y fresco, Arcadio —Tontito Mudo tras el fatal y estúpido accidente—, tendido bocarriba sobre las losas pulidas amarillas, semidesnudo dormía, su alegría animal aletargada en aquellas horas densísimas de la siesta. Y Fito pensó que aquella nueva relación era “amorosa” plena, armonía de contrarios, verdadera imagen de la trascendencia, prueba de su posibilidad... Inmersión en un grupo en paz, cada uno diverso y nunca objetivado por otro, suprema vibración, daba lo mismo estar aquí que estar allá, misterio del tránsito, dónde o qué la libertad...

Y entonces vio con clarividencia que tenía que seguir viajando, que en el momento en el que se detuviera llegaría el final final, la historia se truncaría y no sólo la suya personal —una migajita, una mierdita— sino “toda” la historia de los suyos y de los ajenos, la Historia en fin. Sabía que todos los paisajes y ciudades de los que conocía el nombre y con los que soñaba cuando ante sí se extendía la piel delicadísima y tersa de un mapamundi esperaban su paso para de nuevo reemprender su cotidiano discurrir en paz con la garantía de no caer en el olvido del viajero y de los grupos. Por eso sabía —y por lo tanto creía en— de la inmortalidad, de ese algo sutil y misterioso más allá de los oscuros tubos interiores de su cuerpo, pura transición. Y que cuando soñaba con Estambul, por ejemplo, o con Jamaica, o con Tombuctú —por citar tres nombres mágicos citados y escritos por la propia Gina Manfredi poco antes de su muerte—, esa misma ensoñación era transmisora de vida

más allá de su sonrisa ocasional, y otros a quienes no conocía, receptores de esa vibración, sonreirían a su vez sin saber que era él la causa, su decisión de seguir el viaje el origen de aquella lejanísima y misteriosa realidad. Y Fito, a pesar de haberse sentido hasta entonces allí como en su piel, organizó de nuevo la maleta para preparar viaje. Y se lo comunicó a Simón el Mago. Y éste lo comprendió.

—Dedícanos esta última primavera —fue lo único que le dijo Simón el Mago.

Y Fito no pudo por menos de aceptar; sabía que era el tiempo mínimo exigido para que aquellos nuevos paraísos en marcha pudieran desarrollarse y expandirse por sí mismos, generar nuevas arcadias. Y toda aquella primavera Fito y Simón, en presencia de aquel Arcadio Tontito Mudo tumbado al sol, cosa sonriente, o animalito dormido, charlaron incontables horas que este amanuense querría resumir, condensar, comunicar en breves párrafos. El resultado no pudo mostrárselo a Simón el Mago: su muerte a los setenta y cinco años en El Qods, en el año ochenta y cuatro del paraíso de las islas —doce largos tras esta situación que estamos evocando y tras pasear todas las nacientes arcadias entre Guelma y el este, punto final de su largo viaje y vida—, sucedió cuanto este amanuense ni siquiera había iniciado este relato. Pero Fito Naser sí pudo examinar esta síntesis o resumen de todo lo considerado en aquella primavera por el aún joven Fito y el ya casi anciano Simón; y Fito me comentó que, aunque muy incompleta, sí podía reflejar lo que ambos trataron y sintieron aquella última primavera juntos a la sombra de aquel insensible montoncito de vida que era Arcadio.

Para ambos, Fito y Simón, era tiempo de balance. Era situación límite de fin de una época e inicio de nueva, época o lo que fuera, ciclo vital, circunstancias en torno que habían de arroparles y ellos habían de transformar... Cíclicamente cada momento así había llegado cuando habían sentido la necesidad de cambiar de lugar y grupo, cuando habían debido preparar viaje, reorganizar el tiempo a venir de sus vidas sobre bases posibles, irse de allí en donde estu-

vieran. Y siempre aquel balance —y éste sería lo mismo sin duda— era una sucesión interminable de encuentros y despedidas que habían ido modelando en su dentro multitud de rostros hasta llegar a convertirles en un verdadero panteón de seres queridos a los que en condiciones normales nunca más habrían de ver y que cada vez más desdibujados en la memoria —destino o lo que otros llamaran muerte— los sentían aunque borrosos con gestos de ansiedad en el fondo tristes y como rogándoles “¡vuelve!”. Y ahí radicaba lo más doloroso del dilema: o volver a los lugares anteriores abandonados en busca de los rostros que en su dentro les decían “¡vuelve!” y que ellos sabían que de alguna manera les esperaban aún y habían de acogerles con los brazos abiertos y la sonrisa del reencuentro, o seguir hacia otros grupos y paisajes, ensanchar el panteón de seres queridos hasta que el cuerpo aguantara y mientras la memoria no estallase... Sabían que un día habían de volver, aunque ya no tenían muy claro a dónde, sabían que de hecho cada año “volvían” a algún sitio, aunque siempre de visita más o menos prolongada y no para instalarse, pero sabían —temían— que un día habían de volver y para siempre... mas ¿a dónde? Sus vidas habían de ser en lo porvenir un retardar y retardar esa vuelta temida, un prolongar el viaje, un seguir en la brecha del camino en zig-zag hacia algún sitio, un elegir y elegir sobre el mapa en blanco de su geografía sentimental la próxima etapa de un periplo o recorrido, imaginar sus paisajes y sus gentes, visitarlos previo a la instalación, instalarse, vivir con ellos, gozar, añorar, volver de visita a lugares dejados atrás, hacer balance, planear de nuevo viaje... Una sucesión de encuentros y tácitas despedidas: he ahí el resumen final. Y de nuevo ese quedarse solos, consigo mismo, frente a lo otro, a los otros, total, dos totalidades y ansiedad por la síntesis, trinidad, misterio. Otra vez tiempo de balance. Punto de partida. Dilema.

Y por fin, atardecer previo a la noche decidida, que llamaran de Sanjuán, solsticio de verano decidido como comentario de la separación. Simón y Fito se prepararon un vozca con naranja, el amado Arcadio-cosa animalito dor-

mido ya, sedado, sonriente. Ancho ventanal abierto sobre un paisaje compañero de los últimos tiempos y que luchaban porque quedase incorporado a sus ojos, minúscula diapositiva de una serie de incontables imágenes que deseaban tuyas pero bien sabían que no, que ajenas como todo, gentes y paisajes, como en el fondo fondo ellos mismos ajenos —“los tubos interiores tan llenos de misterio... la oscuridad que debe reinar bajo mi piel”—, ajenos qué sí mismo u otro que por ellos pensara, o multitud de otros que les poblaban en ocasiones, o múltiples caras de un jano todopoderoso y único, grupo suma de todos los grupos, monstruosa o quien sabe si posible realidad, oh luna llena, desde lejos máxima luminaria de la noche, desde cerca polvorosa, fría, oscura, inhóspita superficie sin bosques y sin mares. Recorrieron la casa, silenciosa y sola, sólo ellos a aquella hora allí para abrir y cerrar las puertas y los armarios, correr y descorrer cortinas y persianas de movimiento horizontal, trasladar sillas y mesas de un lugar a otro, servir un vaso o mirar afuera, luna llena elevándose allá por el sudeste la noche de Sanjuán. Y supieron que aquel minuto intemporal que vivían y sobre el que reflexionaban era partícula diminuta de un tiempo material tal vez eterno, material o qué, eterno o qué, irrepetible o tan repetido que incorporado a sí, olvidado ya o recordable, por ejemplo, cuando un día se toparan con este texto que el amanuense a su dictado con letra torpe redactaba. Y el amanuense, ¿qué? ¿No era también del todo ajeno? ¿Acaso conocían su nombre y rostro? ¿Recordaban acaso habérselo encontrado un día por la calle? Y supieron que aquel minuto intemporal era otro minuto intemporal diferente, ilocalizable en la sucesión de minutos intemporales, irrepetible por infinitamente repetido, incorporado ya, inexistente tal vez o existiendo ya para siempre, ex-minuto minuto... La luna llena más hermosa del año y en noche de Sanjuán diríase brillaba con luz propia, pero no; reflejaba luz ajena, esfera desde el exterior iluminada, ni siquiera bombillita sideral. ¡Y tanta marcha por tan poca cosa! Simón el Mago y Fito Naser parecían reencarnación de Antón Dolores, continua-

dores sin quererlo —por supuesto que sin saberlo— de su pensamiento, protagonistas de los mismos días que el otro un siglo atrás había vivido, ignorantes —todavía— enrollados en la misma reflexión, pero vencedores de la misma muerte que Antón un siglo atrás ya había vencido.

Y Fito, aquella noche de la despedida, antes de bajar a la fiesta preparada al efecto por los grupos de Guelma y Hamam Masjutín, quiso leerle a Simón el Mago un texto borondoniano sobre el que volvía y volvía con frecuencia. Arcadio dormía con sueño profundo de drogado. Fito hizo sonar música roquera muy antigua, de un tal Lou Reed, y Simón escuchó con atención. Era el texto en tres tiempos, como tres movimientos sutilmente trabados, así:

“—Porque era la música, sólo la música, nada más que ella. Y no le preguntaras por los objetos. Era ella, la música, la única capaz de hacerle sentirse parte de un todo coherente y con destino definido —aunque críptico, toda realidad lo es—, esa “misteriosa forma del tiempo”, que dijera el ciego Borges seguro que sin saber exactamente —por eso más valioso— lo que decía y que la niña Gina Manfredi citara como revelación poco antes de su muerte. Era ella, la música —con la luna, con el mar—, en realidad la única compañera fiel, testigo o sabia u omnisciente testigo que capta y calla porque para qué hablar de su solidaria soledad.

“—De esta nuestra irreparable o imposible de atajar decadencia física ha de surgir ese mundo con mimo soñado, posible realidad pues que vivida por nosotros con pasión, amigo. De ese hondón de la noche exterior e interior iluminante, la nueva vida, la que a tu lado ya pasea y te fascina y sabes que en ella estás —la música ritmadamente lo constata y asiente en cada nota a tu débil por dubitativa afirmación de así intuyes que sea—, nace y crece sola y te arrastra y tú te dejas, tanto la necesitas, ella tan fuerte y tú... tan ella sólo ya, sin forma, música todo tú pues nada más te queda y de nada más dispones...

“—Y siento que es verdad, toda la verdad ella, mi mú-

sica fiel, materia diferente, total mi ser que se encamina a dónde, y suena y es”.

Fito Naser y Simón el Mago se abrazaron, despedida había resultado aquella su última larga conversación, arrojaron al dormido Arcadio, apuraron el último resto de vozca con naranja que les quedaba en el vaso y bajaron a la fiesta de la despedida de Guelma. Y este amanuense considera aquí terminado su relato aunque, como siempre, pensará en un colofón o dedicatoria final. Vale.

DEDICATORIAS Y ENVÍO FINAL

Un nuevo período se abre en la vida de este amanuense justo al terminar el relato, y quiere que ello se refleje de alguna manera en el envío final y recordaciones. El primer amanuense, que iniciara este escrito, me recomendó la visita y frecuentación de algunos que ahora considero amigos míos y que quiero evocar aquí desde la distancia comenzando por Larbi Hosín, kabil de Asasga, que me condujera de su mano y de su sonrisa por las calles de Annaba, la antigua Hipona, y a quien —tanta la nostalgia— hoy mismo escribiré una carta; al noble Mahtali Nabil, de la legendaria Biskra, y a Chalabi Baki, anclado como un barco en un hotel de Skikda, con su juventud y un vaso de vino a la espera de una suerte que un día llegará de lejos para llevárselo con ella. Para Akush Areski, taimado, silencioso, de mirada profunda, kabil del interior, y para Mesmul Amar, su amigo y compañero, a quien desde aquí pido disculpas por lo que en mi hubiera de falta en su expulsión del hotel Belúa de Tisi-Usú tras aquella fiesta-desmadre de borrachera en el jardín la noche de mi 39 aniversario, kabil de la costa, verdadero torbellino, también este envío. Pienso igualmente, y desearía recibirlos en mi ciudad y casa, en Mohamed Kerfah y en Bagdad Hammadi, a la búsqueda aún de sombras poderosas y protectoras. Y en Rashida Akli, animosa y combativa; y en mis alumnos de postgraduación Shij Bujari, Lamín Benalu y Fátima Bentjama mush. Y, como no, mi agradecimiento a Naserdí Bugursi tan buen guía y compañero de Casentina, así como a toda su casa grande de la Mansurah.

Pero también quiero recordar desde aquí a Camino Prieto, la de la marcha infatigable, a Maruja Sánchez, a Ernesto Martín Fabregas, tan serio él, a Paco Galvist, a Viki, Estrella, Javier, el herborista J.L., Santos Sánchez, Julián, Carmela, Novillo y a todos los de la aventura de la cooperativa de cooperativas y asociación cultural de casas de citas, tan largo etcétera. Y a Rodrigo Balbín, antiguo colega de desventuras, hoy tan escandaloso en el reír y tan buen compañero como siempre, así como a Kisko de la Peña, tan alto, justo y probo, cuya amistad da honra. A Sigrid von Thimmel y a su bosque oriental del que se sale por poniente, de tan clara escritura. A Elena Alvarez, en nuestro reencuentro tras tantos años, paisana animosa y sonriente, morenaza. A Don Enrique Tierno en su convalecencia y al también tan notable y amable Don Hipólito Escolar, directores ambos y animadores de casa grande. Y a los compañeros de mi nueva Universidad de Alcalá de Henares, en particular a Antonio Gutierrez y a Manuel Lucena, emisores de sedantes vibraciones. A Maite y Jesús Munárriz, enamorados de algo que también a mi me enamora, y a todo su equipo de Hiperión. Y a Antonio Huerga y a Charo, su compañera, agradeciéndoles su entusiasmo sin trabas, su marcha al frente de Ediciones Libertarias.

Para terminar, a Jose y Pablo, que han comenzado a desvelarme un mundo insólito, duro y tierno a la vez, dramático, voraz... A ellos, y a la música —a la que tanto extraño—, mi envío final.

